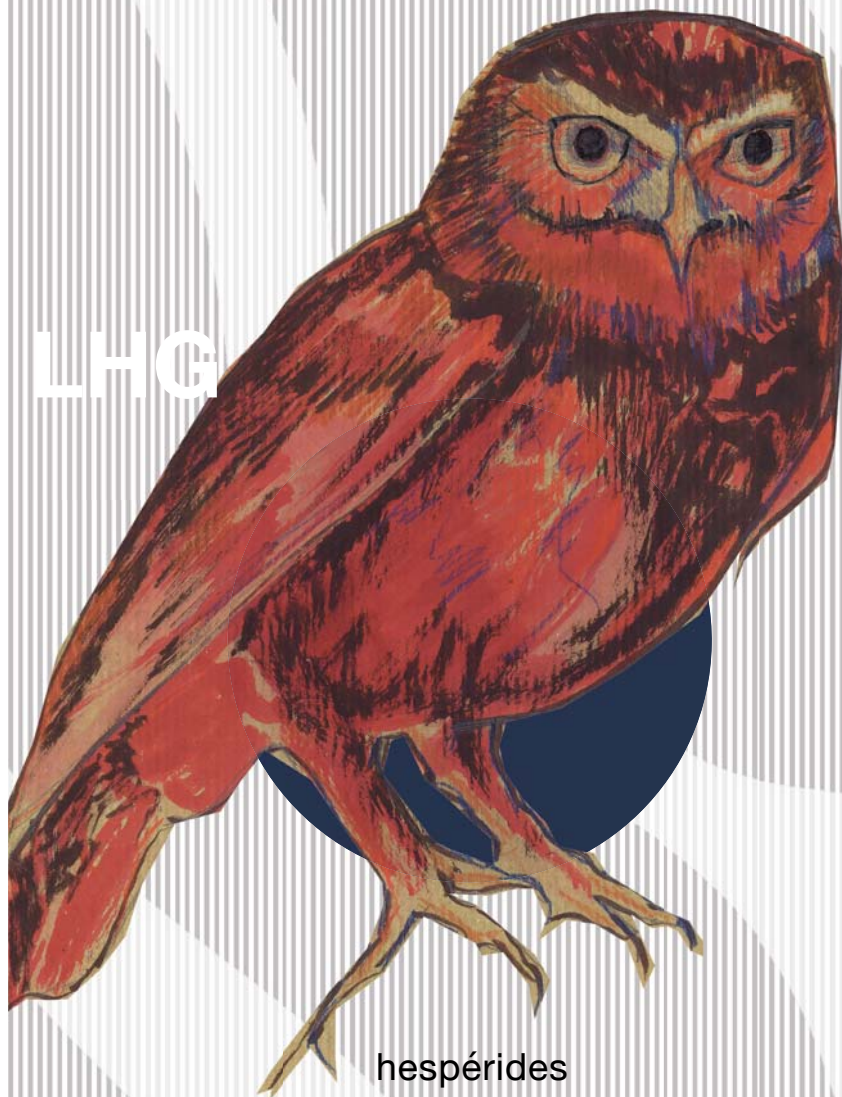


Juan Carlos Chirinos  
Renacen las sombras

LHG



hespérides

JUAN CARLOS CHIRINOS

# Renacen las sombras



La  
Huerta  
Grande

ESLES DE CAYÓN  
2021

© De los textos: Juan Carlos Chirinos

Madrid, 2021

Edita: La Huerta Grande Editorial  
Serrano, 6 28001 Madrid  
[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-99-0  
D. L.: M-27896-2021

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdeparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

*A Teresa Ramos, cuya cálida hospitalidad permitió  
que esta novela llegara a buen puerto*

*A mi papá, Pablo R. Chirinos, in memoriam*



*No basta ser malo para prosperar.*

VÍCTOR HUGO, *Los miserables*



## PRELUDIO





El rumor de Madrid iba en lento e inevitable descenso hacia la noche. Alguien cantaba: parecía el lamento de un mochuelo aunque no resultaba triste. Era un lamento orgulloso, digno de lanzar al espacio su cremosa sustancia, seguro de que un antiguo decreto lo autorizaba y nadie se habría atrevido a prohibirlo. La canción provenía de una calle más abajo. Me inquieté: recordé los bajos sentimientos. Tuve que sacudir el cuerpo para expulsar el temor. Dejé los platos sobre la mesa y me asomé a la ventana. Tal vez si identificaba quién cantaba me calmaría un poco. Saqué medio cuerpo y no vi a nadie, aunque podía escuchar las notas graves del pájaro de la noche. Seguí atisbando hasta que mi pesquisa tuvo respuesta: el que cantaba era un hombre alto, negro, joven y musculoso que subía la cuesta con una mochila amarilla muy cargada. Supuse que era uno de los senegaleses que regentaban el restaurante de la esquina y me acordé de ese tan simpático que siempre me sonreía. Yo solía replicar a su sonrisa con un breve saludo pero apuraba el paso para no darle oportunidad a casar dos palabras.

El senegalés de la mochila acompañaba su canción con el rítmico tamborileo de los dedos, como si tocara una trompeta transparente. La voz retumbaba en mi ánimo regalándome los palpitos que jamás se cumplen pero que, cuando posamos la cabeza en la almohada, parecen las palabras de un profeta resen-

tido con la humanidad. Sin embargo, relacionar la melodía con la figura agradable del senegalés me sosegó un poco e incluso me permitió experimentar un cosquilleo en el ombligo porque, al día siguiente, cuando pasara frente al restaurante y saludara al muchacho, lo miraría como si le hubiera arrebatado un secreto: «Ah, entonces tú eres el que tiene esa voz tan bonita, ¿no?», pensaré, pero ese pensamiento será solo para mí, con la esperanza de que el senegalés se pregunte por qué mi sonrisa será diferente a la habitual, por qué mi paso será menos apurado y por qué pareceré con ganas de hablar. No le diré que es la sonrisa de la que agradece la música nocturna. Por supuesto.

Aún me faltaba limpiar la cocina y organizar los asuntos del día siguiente. Oía a los vecinos trastear de aquí para allá, al otro lado de la pared; se diría que acabaran de mudarse y estuvieran buscando el lugar más apropiado para los muebles. En el piso de arriba también zapateaban. La perra ladró un par de veces. Una televisión daba noticias inaudibles.

¿Por qué comenzaba por aquí? Pues porque de todas las puertas disponibles, esta fue la que cedió, no por un interés espurio o un plan meditado con tiempo e inquina, sino gracias a la siempre oportuna comodidad, que es más peligrosa que la avaricia, más incisiva que la envidia y más poderosa que el odio. La ciudad no había sido escogida a propósito; cualquier metrópoli de las tantas que hay también hubiera servido. Pero Madrid estaba disponible. La comodidad otra vez. Incluso ahora no la conocía muy bien, pero ya llenaría los espacios vacíos con palabras de mi invención. «¿Dónde reposará el que se halla cansado?», oí cuando me bajé del tren esta mañana. Era una manera de avisarme: «Sabemos que has llegado, vamos a comenzar, prepárate». Una recomendación ociosa, pues yo estaba lista desde que me eligieron para esto.

Horas después, la mañana alzó su luz alegre y el temor se disipó; el sol invicto hizo que caminara con confianza, como si el futuro no estuviera esperándome, agazapado, en la parte más oscura de la calle.



## PARTE I



Fanny aterrizó en Madrid en un avión nocturno. Después de tanto tiempo, de todo lo ocurrido, de la lluvia y la destrucción, de nuevo tenía cerca a la vikinga.

Antes de emprender el viaje de regreso, me rogó que la fuera a buscar al aeropuerto, pero no pude; bueno, en realidad no quise. Preferí quedarme en mi piso preparándome para la conversación que tendríamos en nuestro primer encuentro después de tantas cosas. La buscaría en el hotel con la esperanza de convencerla para que nos fuéramos a la sierra, donde sería mucho más cómodo conversar, le dije falsamente. A Fanny ya no le gustan las montañas, lo sé, me cuesta aceptar que con los años se ha convertido en una obsesa de las playas, pues ahora cree locamente que a la gente de la playa le pasan menos cosas malas que a la gente de la montaña; pero ella debe entender, por su parte, que en Madrid no hay playa. Como no nos fuéramos para Santander, Gijón o para el sur, no le quedaba sino conformarse con el estanque del Retiro, las piscinas públicas y los embalses de la sierra, pues el edificio donde vivo carece de piscina. La perfección de las cosas; que todo sea como uno espera: eso nunca ocurre, Fanny, después de lo que has vivido, ya deberías saberlo. Al menos trataré de que subamos a El Escorial a comer uno de esos jugosos filetes o el enloquecedor pollo asado de El Marqués.



Sobre mi escritorio, delante de mí, reposaba la flauta negra que Fanny me había regalado en Valera, cuando nos conocimos; también me rodeaban las fotos de los clientes que he ido teniendo en los distintos restaurantes en los que he trabajado, pegadas en el corcho encima de mi computadora, sonrientes, saludando a la cámara con cara de haber participado en un gran banquete. Sus miradas satisfechas son el mayor premio y la máxima prueba de la calidad de mi trabajo. Pobrecitos. Algunos ya no están. En el corcho también había una tarjeta de esas muy cursis de Hallmark con un osito abrazado a un corazón; una imagen espantosa, pero que no he sido capaz de destruir porque es un regalo de Patricia y Pilar que me llegó en la época en que vivía con Osip en la montaña, junto al Bosque de San Guinefort. Aquella época; después de aquello.

*Aquello.*

Solo pensar en lo que se esconde detrás de esta palabra me descompone el cuerpo y me deja temblando, incapaz de sostener un miserable cigarrillo entre los dedos. El estómago se me encoge, los pies se me enfrían, las orejas me palpitan y vuelvo a sentir las punzadas del terror. Tal parece que nunca me libraré de esos días. Me pregunto qué habrá sido de Osip; era un niño sensible y de mucho talento, con una imaginación fuera de lo común. Y una madre loca. Bueno, yo quiero convencerme de que estaba loca, porque pensar en la otra posibilidad me deja sin aire los pulmones. Espero que Osip al menos haya conservado la capacidad para inventar historias, aunque seguro que no se convirtió en un novelista famoso; se sabría.

Ya han pasado casi tres lustros de ese tiempo con Osip allá en casa de su madre junto al Bosque de San Guinefort, y aún tengo frescos los detalles. Pero cómo voy a olvidarlos: no quiero olvidarlos y no debo olvidarlos. Mucho menos ahora. Las cicatrices que llevamos en el cuerpo cuentan una versión de la

historia que de otra manera no sería posible recordar. Y mis cicatrices, mis marcas, me definen. No pienso renegar de ellas. He perdido un pezón, cojeo de manera atractiva y a veces me cuesta respirar a causa de una deformación en mi caja torácica, un poco aplastada por un lado. Vengo abollada. El que sepa leer esas señales descubrirá mi pasado y presentirá mi futuro. La vida va dejándonos marcas desde que nacemos; los estigmas, las llagas y las cicatrices se suman y le dan forma al mapa de la piel.

Mi cojera, al contrario de lo que se podría pensar, tiene el mismo efecto seductor que la cabeza ladeada de Alejandro Magno, y gracias a ese ‘tumbao’ he disfrutado de noches exquisitas con amantes que no querían otra cosa sino cojear conmigo en la cama. Así que, aunque cursi, el oso amoroso que Patricia y Pilar me enviaron en ese entonces me recuerda las respuestas a estas tres preguntas: cómo, cuándo y por qué. Es horrible la propiedad que las palabras poseen para esconder lo oscuro. Tal vez la clave se oculte en los acentos: Cómo. Cuándo. Por qué.

Pero la vida insiste. Y sigue.

Hay otro objeto que me acompaña. Dudo al usar la palabra *objeto*, porque no se trata de uno más sino de mi don más preciado. Es el Señor Fenris, que me mira con esa expresión ausente y viva que tienen los osos de peluche. Él también ha sumado cicatrices a su cuerpo. Además de un ojo, le faltan media pata y el trozo de una oreja que se le ha quedado irremisiblemente doblada hacia dentro. Son las cicatrices de una persona valiente: ese oso me salvó la vida en el bosque.

Les he ocultado la existencia del Señor Fenris a mis ocasionales amantes y aún no sé si lo he hecho por vergüenza, para que no fueran a pensar que seguía siendo una niña o para protegerlos, pues nadie sale indemne cuando conoce al Señor Fenris. Con él me siento protegida. Digamos que en su momento fui elegida por él para ser mi amigo, puede que gracias a mi relación con Osip.

Generalmente, el Señor Fenris me aguarda sentado en la mecedora de madera que lo acompaña desde que lo conozco; pero a veces lo deposito en un mullido arconcito forrado de púrpura donde lo guardo para las ocasiones en que he necesitado desfogar las energías que me sobran, cuando me sobran. Los músculos fibrosos de un hombre son perfectos para morder y cubrir; las combadas y suaves formas de una mujer, también. Sé que esto no molesta al Señor Fenris, le he demostrado el respeto suficiente para que sepa que su ocultamiento es un gesto necesario: él es «el pan de los elegidos», el alimento que solo pueden catar los que estén preparados para ello, porque la presencia de los dioses puede ser una maldición si ellos no te han bendecido antes.

De aquella época junto al Bosque de San Guinefort también conservo un pequeño estuche con una buena cantidad de unguento de hada que me regalara Osip en su momento. Lo he usado muy pocas veces. Quiero que me dure, pero me gusta tanto que procuro esconderlo en un lugar que se me olvide pronto. Es como un juego. Pongo el unguento en el fondo de una caja que después oculto en un cajón que confundo entre otras cosas; al cabo de varias semanas, para cuando se apodera de mí, irrefrenable, el impulso de untarme los ojos otra vez, ya no sé en cuál de los cajones lo he escondido y empiezo una búsqueda silenciosa que puede llevarme varios días o incluso meses; mi memoria borra el momento en que escondí la caja como una manera de defenderme, pero mis párpados se revuelven codiciando esa cremita malvada que me hace ver aquello que está más allá. Y cuando por fin doy con ella, alborozada, me detengo: aún no es el momento y me queda muy poco. Entonces recomienzo el juego íntimo y escondo de nuevo el unguento de hada en un sitio que pronto olvidaré y que desearé encontrar cuando otra vez me vuelva loca.